

Sepulturero de libros

El personaje central de esta curiosa narración es un cazalibros obeso, con enorme cultura, trabajador infatigable y gran sentido del humor

MANUEL PECELLÍN

Ese raro espécimen que constituyen los bibliófilos (amantes del libro, según la etimología griega del término), abarca distintas variedades, no todas bien conocidas. Las hay de más larga proyección histórica, como el bibliógrafo, que se ocupa de describir las características y contenidos de las obras; el bibliomano o ladrón de libros (Periférica tiene en su fondo editorial *Los amores de un bibliomano*, de Eugene Field); el bibliocasta, empeñado en destrozar escritos propios y ajenos (tal vez para componer con

los retales algún inaudito volumen); el bibliófago, que se los come o el bibliodoro, cuya placer consiste en regalarlos. A tan curiosa ralea, capaz de combinar en un mismo sujeto distintas subespecies, vale añadir el bibliótafo o sepulturero de libros.

Tal es el protagonista de esta curiosa narración, no exenta de fundamentos reales y que ahora se publica en castellano, traducida por Angeles de los Santos. Su autor, L. H. Vincent (1859-1941), tuvo sobradas virtudes para escribirla. Natural de Chicago, fue crítico, editor y profesor de Literatura en varias universidades estadounidenses. Entre sus numerosas publicaciones, cabe recordar un conjunto de ensayos sobre creadores tan relevantes como W. Irving, E. A. Poe, W. Whitman, R.L. Stevenson o J. Keats.

Según demuestra en el primer capítulo de esta obra, conocía el caso de un 'bibliótafo', que bien pudo servir-

le como trasunto real del protagonista. Se trata de Richard Heber (1773-1833), hombre apasionado por formar y enriquecer una fantástica colección que llegaría a alcanzar los 150.000 ejemplares. Infatigable hasta la muerte, esta lo encontró catalogando en mano, redactando la solicitud de nuevos títulos. Dueño de distintas bibliotecas donde albergar tan enorme depósito, fue alguien de reconocida generosidad: «El culto y curioso, ya sea rico o pobre, tiene acceso libre a mi biblioteca», dice que fue para él norma de conducta. Pero su máximo placer consistía en llevar a un enorme almacén las piezas codiciadas, sobre todo si eran ediciones especiales (no necesariamente las primeras), «sepultándolas» allí, como en una gran tumba.

Así se conduce también el personaje central de esta novela corta (cien páginas), un cazalibros obeso, con enorme cultura, trabajador infatiga-

ble y gran sentido del humor. Al hilo de peripecias experimentadas por medio mundo, sobre todo en las librerías de antiguo y de lance, el lector va siendo placenteramente informado de cuanto hace referencia a las apreciadas frutas de Gutenberg. Tenía también otra singularidad: buscaba con la misma pasión el autógrafo de los grandes escritores, siempre que estos se lo firmasen en obras propias (no en cuadernos, folios u otros soportes ocasionales). En realidad, quien abrumba con los conocimientos sobre libros, poesía, historia y otras ramas del saber es León H. Vincent, sin hacerse en modo alguno pesado. Algunas de las observaciones son realmente ingeniosas, como cuando describe al arquetipo del «depositorio involuntario» (pp. 78-81), la persona a quien otros le endosan un libro urgiéndole pronta lectura para obtener la opinión, tal vez la crítica o el apoyo (enfadándose quizá si no recibe del asaltado lo que de él esperaba).

No sé qué habría sido de figuras como Heber o su trasunto literario en los tiempos del ordenador, los catálogos por email, el libro electrónico, las bibliotecas virtuales o la nube infor-



EL BIBLIÓTAFO

Autor: Leon H. Vincent, Editorial: Periférica, Cáceres, 2015

mática. Lo cierto es que la novela, publicada en 1898 (el año de da nombre a toda una generación hispana) e inédita hasta hoy en castellano, demuestra poseer sobradas virtudes para ser tenida como un pequeño gran clásico de las letras norteamericanas. (Y cuántas veces me ha traído a la memoria las figuras de grandes 'bibliótafos' extremeños, como Arias Montano, Bartolomé J. Gallardo, Vicente Barrantes, A. Rodríguez-Moñino o Mariano Encienda, constructores de impagables 'tumbas' de papel en El Escorial, La Alberquilla, Guadalupe, la madrileña calle San Justo o los sótanos de Santa Ana en Almedralejo).

la jet de papel

Michel Houellebecq Escritor

'Soumission', 'Unterwerfung', 'Sottomissione', la última novela del autor galo Michel Houellebecq triunfa por toda Europa. Es insólito que un mismo libro ocupe a la vez el primer lugar en las listas de ventas en Francia, Alemania e Italia. Anagrama ha acelerado su plazo previsto de entrega a las librerías es-



pañolas. En 'Sumisión' Houellebecq imagina una Francia islamizada en 2022 tras la victoria en las elecciones presidenciales de un partido musulmán. «El éxito de la novela es un hecho histórico», dice Pierre Assouline -prestigioso crítico francés que considera el libro como «irresponsable»- «pero demuestra la capacidad del autor para radiografiar todos los fantasmas y contradicciones de la sociedad».

Jack Kerouac Escritor

La editorial quebequesa Boréal anuncia la publicación de un conjunto de textos de Jack Kerouac escritos en francés, lengua materna del autor. Faro de la generación 'beat' y conocido sobre todo por su novela 'En la carretera', Kerouac nació en Lowell, una ciudad de Massachussets, en el seno de una fa-



milia de quebequeses inmigrados. «Soy un franco canadiense nacido en Nueva Inglaterra -dijo una vez-. Cuando me enfado, juro en francés, cuando sueño lo hago a menudo en francés, y cuando aullo, aullo siempre en francés». Y sin embargo, la recopilación 'La vie est d'hommage' será una primicia editorial de Boréal, ya que nunca hasta ahora se han publicado textos de Kerouac escritos originalmente en francés.

Voces cercanas a Dios

Faria resucita la función de la palabra dando vida al nombrar

ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Si no se trata de unas casualidades de la vida en las que, de pronto, todo coincide, no queda más remedio que empezar a sospechar que la capacidad de trabajo de Luis María Faria es, como mínimo, titánica. No hará ni dos meses que tanto el maestro Peccellín como el que firma nos hacíamos eco de la deliciosa 'plaquette' 'Nueve poemas de Sofía, cuando aparece ahora este estudio y traducción del malogrado poeta portugués Daniel Faria (a muy escasos meses, por cierto, de la competente traducción que el mismo poeta cacerense efectuaba de la última entrega del genial Nuno Júdice). A todo esto únase su colaboración en el último número de la asentada Suroeste, de la que hablaremos (D. m.) aquí cuando sea cuestión. Lo dicho, una dedicación completa a todo cuanto tiene que ver con la escritura.

Por mi parte, confieso mi desconocimiento de la vida y obra de este joven poeta portugués desaparecido

prematuramente que Marina dilucida a la perfección. Tras la lectura de este libro, sólo cabe lamentar que su desgraciada muerte haya puesto fin a una carrera que se había erigido ya en referencia de las letras lusas actuales. De Faria me sorprendió, en primer lugar, su condición de monje benedictino en el momento de su óbito. Sería inútil negar que no vivimos en un momento de auge para las vocaciones y el oficio de monje hoy día creo que a cualquiera le puede resultar extraño. Eso sí, frivolidades aparte (que en absoluto deben interferir la valoración poética que nuestro autor merece), estamos ante un caso de decidida vocación donde se atina la religiosidad con un profundo conocimiento poético. Fue Daniel Faria doctor en teología, autor de varios libros clave en la evolución poética del país vecino; figuraba en varias antologías de la poesía contemporánea al lado de nombres insoslayables de la misma y había publicado también (para mi desdoro) en alguna entrega de la perdida Hablar/Falar de Poesía, que en su momento editase el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas en colaboración con la 'Casa Pessoa' de Lis-

boa. En el ámbito de los estudios filológicos portugueses Faria es hoy unánimemente considerado el mejor poeta místico portugués del siglo XX y hay quien lo sitúa sin complejos en la línea de San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús.

Marina traduce e introduce uno de sus libros «mayores». Pese a su juventud, Faria publicó bastante, pero sus tres primeras entregas evidencian la falta de sazón que si logra en los tres títulos que merecen el anterior apelativo. Aparte de este Explicação da Árvore e de Outros Animais, que hoy traemos, Faria cuenta con otros dos poemarios capitales: Homens que são Lugares mal Situados, publicada por primera vez, el año 1998, como el que comentamos, y Dos Líquidos, que apareció en 2000, póstumamente. En su emocionado estudio, bellamente titulado 'Una especie de ángel herido en la raíz', Marina empieza por situar a Faria en la cúspide de la poesía portuguesa contemporánea, y lo hace avalado por la consideración y respeto que ya contaba su obra sin que su desventurado final pusiera tan inesperado broche. Tres vocaciones señala como sustento de la obra del



EXPLICACIÓN DE LOS ÁRBOLES Y DE OTROS ANIMALES

Autor: Daniel Faria, Edición de Luis María Faria, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2014

benedictino: la tierra, lo absoluto y la palabra. De la primera emana lo segundo y la tercera es la forma de darlo a conocer: «En Faria, la tierra y lo absoluto únicamente cobran sentido pleno como funciones de la palabra», y elude, con conocimiento, la disquisición de si es preminente el sentido místico o el poético, pues los considera inherentes al ámbito del poeta, perfectamente complementarios en él el uno y el otro. Faria resucita la función de la palabra dando vida al nombrar; esa, y no otra, ha de ser la tarea, el cometido: lo mismo que la lluvia revitaliza al árbol quemado por el fuego, la palabra nombra las cosas y las vuelve a sacar a la luz. Como puede notarse no estamos ante ningún descubrimiento trascendente, ante ninguna vuelta de tuerca dentro del

asunto poético, antes bien ante lo más puramente elemental: la piedra, el aire, el fuego. El poema en el que late y asegura nuestra pervivencia.

Es Faria un poeta esencial, pero no sólo en la acepción de llegar al meollo del asunto, sino también en la de no alargar el discurso, en la de ceñirse a lo escueto, a lo desnudo. Sus poemas, en general, son breves imágenes, medidas pinceladas que encierran dentro una sabiduría casi agónica de tan evidente. No desperdicia el discurso, no lo estira innecesariamente. Esta tendencia (y es curioso) contagia también al traductor: Marina opta siempre por la palabra más concisa, la más sucinta, la que menos pueda teñirse de connotaciones, la que no se dote de excesivo ornamento que traicionase la esencialidad de la que Faria adolece. Confieso que como lector (se trata de una edición bilingüe, obviamente) se me ocurren, preferiría, casi, opciones más rebosantes, más urgentes, pero luego termino pensando que no, que Marina elige con razón la más desnuda, la menos adornada y, aunque la sonoridad al castellano pudiera resentirse, la pulpa, si enteca, acierta en su revelación en nuestra lengua. Y nos envolvemos del misterio tranquilo de cualquiera de sus versos: «Sé bien que no merezco un día entrar en el cielo / Pero no por eso escribo mi casa sobre la tierra». Nos consuele mucho tiempo su obra de su injusta ausencia.